

En el altar de fuego

Autor: Joel James Figarola

María Ileana Faguaga Iglesias
Historiadora y antropóloga
La Habana, Cuba

*Papa Legba,
levántame las barreras
para yo poder pasar. (...)
Papa Legba,
cuando yo regrese,
yo saludaré a los lwas.
(Invocación vodú)*

El historiador y antropólogo Joel James Figarola (Guanabacoa, 1942–Santiago de Cuba, 2006) se destacó en el cultivo del ensayo, el cuento y el periodismo. Fundador y director de la Casa del Caribe (Santiago de Cuba), es co-autor de *El Vodú en Cuba*.

En el verano de 1998 tuvo lugar en La Habana el Primer Festival Kiba Kreyol, auspiciado por la entidad cultural Banzil Kreyol Kiba con el propósito de rebasar los límites de la comunidad de haitianos y sus descendientes haitiano-cubanos y cubanos. Al hablarnos de su cultura y mostrárnosla a cuantos han preferido ignorarla o, peor, minimizarla, en el panorama cultural nacional, estaba ahí de alguna manera la huella de la obra que como historiador y, muy especialmente como antropólogo y ensayista, nos aportaba uno de los cubanos que más hurgó en ese rico y vital mundo cultural que nos pertenece como

nación: las tradiciones haitianas. Ese hombre, fallecido en el 2006, era Joel James Figarola.

En el altar de fuego (Ediciones Unión, 2007) nos llegó como la obra póstuma del fundador (1982) y director hasta su muerte de la Casa del Caribe (Santiago de Cuba). Esta obra puede considerarse creación síntesis, en la que el conocimiento del cientista social se nos entrega como aparente literatura de entretenimiento, y también así puede ser funcional, aunque sus códigos merecieran más de una lectura para ser identificados, desentrañados, hilvanados, comprendidos e interpretados.

Nganga, Chuini y Papa Legba, los tres cuentos que integran el volumen, se leerán y aprehenderán desde diversas perspectivas, como sucede con toda obra literaria, y en ellas está implicada la antropológica. Los componentes de esa unidad orgánica retan al lector a la mirada y apreciación de la diferencia con ojos y mente listos para la percepción desprejuiciada, instándole a la posterior búsqueda — quizás en la memoria individual, tal vez en los

libros, puede que en el imaginario colectivo—de cuanto éste se haya perdido de los elementos que componen la nación, su nación, además de concientizar cuánto le queda de sí por descubrir.

De la esclavitud al actual gobierno, en apenas 125 páginas, se nos ofrece un compendio de historia de Cuba (con pasajes insertos de la historia haitiana, y más) con eje fundamental tendido a los (mal) considerados sin historia que, habiendo sido relegados tantas veces por quienes dejan constancia historiográfica, ven convertidas sus vidas en narraciones vendibles que acentúan sus más sórdidos y lamentablemente reales aspectos, casi al estilo de los *reality show*, para que esas vidas se vuelvan, desde sus sustancias hasta sus desechos, rentables espectáculos folklóricos.

Religión, familia y sexo, relaciones de poder en diversas expresiones, geografía y política pasan desde la visualización del autor ante nuestros ojos en rápidas secuencias —no siempre fáciles de captar—, configurando un escenario en el que somos conducidos por un protagonista que se transmuta de africano en cubano, de haitiano en cubano, y que indirectamente valida el sueño del regreso a su origen, cuando se menciona que uno de sus hijos está en Angola. Sueño de realización pudiera considerarse desde otra lógica, tardía, pero no para la población afro que tanto ha debido esperar, «porque para el regreso no se necesitará tiempo». Orígenes, sincretismos, transculturación, diferencias generacionales, flora y fauna, filosofía de vida, con relaciones entre amos y esclavos, incluida la violencia sexual hacia las mujeres negras, homosexualidad y homofobia, cimarronaje, guerra de independencia, intervención estadounidense, gobiernos republicanos, masacre de los Independientes de Color, discriminación, cacería y deportación de haitianos, lucha revolucionaria, gobierno de Fidel Castro, cambios en la educación, presencia de

la Unión Soviética en Cuba y de los internacionalistas cubanos en África, y hasta ciertos guiños al cristianismo se aprecian *En el altar de fuego*. Y lo que pudiera disgustar a cierta parte de la intelectualidad cubana, allí donde esté, que «una compleja exploración del universo religioso del vodú franco-haitiano en Cuba [discurra como] sugerente recorrido por nuestra historia y por estas creencias de origen africano que forman parte de nuestra nacionalidad”.

«De cada puerta nace un camino» es el exergo que el propio Joel James nos legó al presentarnos su obra. Como Nicolás, el protagonista¹, que en el tercer y más extenso cuento (casi noveleta), permanece en la puerta del *hounfort* o templo vodú, James se asomó a la puerta por la que antes pasaran investigadores ya clásicos de nuestras ciencias sociales: José Luciano Franco, Fernando Ortiz y Alberto Pedro, franqueándola para transitar el camino que va develando la Cuba profunda que a él y a ellos interesara, preocupara y ocupara. *En el altar del fuego* es precisamente eso: obra de comprensión y aprehensión de un historiador y antropólogo profesionalmente comprometido con su objeto-sujeto de estudio. Este último pareciera ser un segmento de su sociedad, pero se nos revela como parte ya engranada en el todo de una nación en continuo proceso de enriquecimiento.

En la mixtura de pasado y presente: «es lo mismo que yo había visto antes, asegura Nicolás, porque los ojos de Alfonso [su hijo] son como fueron los míos». Se van entretrejiendo historias de las vidas de los muertos y de los vivos («¿cuál sería el tamaño de la pobreza de la vida de los vivos sin el alivio de la vida paralela de los muertos?»). Por ahí desfilan los tipos que dieron origen a la galería de la población cubana: negros africanos y blancos hispanos, en sus multiplicidades de funciones, y el mula-

to, fruto de la unión —muchas veces violenta— entre ambos.

El autor propone una tesis desafiante: ¿quiénes son los dueños verdaderos en la Isla: la población blanca en el ejercicio del poder, o la población negra creadora de riquezas? «Nicolás —dice el narrador— es más dueño que el dueño del ingenio porque es dueño de los vivos y de los muertos [Su] gran familia de ahijados alcanza toda la dotación». El subalterno vive su cultura, metamorfoseada por forzada necesidad en contracultura, en cultura subterránea, de resistencia, alterna entre la rebeldía y la necesaria y astuta espera, en un tiempo que pudiera comprenderse como co-protagonista de la obra: «No es que nada ocupe el lugar de nada (...) sino que la extensión, la del varaentierra y la del universo entero, se sumerge en sí misma, para quedar reducida sólo a una minúscula cristalización de tiempo».

Los vivos no sustituyen a los muertos, sino que se manifiestan en cotidiana interrelación y, en algunos casos se alcanza, a través de determinados rituales religiosos «el punto en que él [el vivo] y el muerto se juntarían, confundándose uno en el otro», para darnos el proceso de continuidad diacrónica y sincrónicamente armonizado.

Transmutación, trasmigración, resurrección, transculturación (comprendidos los sincretismos) son categorías que contienen el dinamismo desde el cual podemos explicarnos el proceso de transformación de los grupos étnicos que desembocó en la formación de la nacionalidad cubana. Joel James consigue traducirnoslos a la manera del demiurgo: «Las llamas gritan la gloria [porque] no hay alquimia como la del propio Nicolás», su protagonista, cuya vida nos revela el camino del ser africano hacia el ser cubano, sin ahorrarnos los dolores del parto. Su hijo, Alfonso, sentado en el taburete (en el espacio sagrado del *houmfort*), siente que Nicolás, en lo más escondido de su

cerebro, allí donde la memoria deja de ser recuerdo para convertirse en carne o sangre o grasa, vuelve a sentir «lo que una vez sintió con los ojos y con los oídos y con la piel: al negro perseguido». Aunque muchas cosas han cambiado y mucha gente ya no está —dice Nicolás al hijo recién regresado—, la persistencia del viejo dolor (uno solo en su compleja diversidad) en África, en Haití, en Cuba, en Afroamérica toda, durante siglos de cacería, esclavitud, discriminación, marginación, va indicando que las cicatrices hechas al cuerpo de la identidad tardan demasiado en sanar y quedan como profundas huellas que se han de superar, pero nunca olvidar.

Nota

1- ¿O deberíamos decir sus historias? No por los tres cuentos, que en su organicidad pudieran considerarse tres partes de una narración, sino por las sub-tramas que aparecen o se presentan apenas con una palabra o una frase.